

A lighthouse with a red roof and a glowing yellow light sits atop a stone cliff. The base of the cliff is being battered by large, white-capped waves crashing against a concrete wall. The sky is overcast and grey.

Puerto escondido
María Oruña

DESTINO

Puerto escondido

María
Oruña

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1339

María Oruña, 2015

Publicado por acuerdo con Cristina Mora Literary & Film Agency, S. L.
(Barcelona)

© Editorial Planeta, S. A. (2015)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2015

ISBN: 978-84-233-4952-4

Depósito legal: B. 17.234-2015

Impreso por Romanyà Valls, S. A.

Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Verano

En la actualidad

El paisaje lo iba sumergiendo, de forma progresiva e inexorable, en un suave aire veraniego, en esa resuelta alegría estival que se respira de forma ligera y sin pretensiones.

Casi podía sentir ya el bullicio del pueblo, marinero y vital, que renacía cada verano, cuando regresaban a él las pequeñas masas humanas de las ciudades interiores, desplegando barreras de olvido temporal hacia sus trabajos y hacia sus otras rutinas, no bañadas por el mar ni por el sol con sabor a salitre. La imagen de postal era desordenada: las casas salpicaban los prados sin norma urbana aparente, como si se tratase de flores de manzanilla coloreando el verde de una pradera.

Oliver empezó a relajarse, aunque conducir por la derecha no se tradujese en un descanso para los sentidos de un urbanita londinense, que habitualmente lo hacía por la izquierda. Dejó atrás, lentamente, a la derecha, la montaña de Masera de Castío, cuya fachada norte miraba hacia la aldea de Cortiguera, mientras la cara sur besaba el pueblo de Hinojedo. La singular meseta, como un promontorio rectangular, opaco en su base, emergía de la tierra, simulando ser un enorme y ancho taburete sin respaldo, para cualesquiera de los dioses que habitasen por allí.

Según seguía avanzando, las viviendas se apretujaban más, rascaban metros de suelo, de vistas privilegiadas e inmensas, de acceso a la felicidad bucólica de anclarse a aquella tierra.

El tráfico se ralentizó justo cuando vio el cartel de «Bienvenido a Suances», y dedujo que, dado lo cerca que ya se intuía la costa, se estaba fraguando una incipiente caravana, como una larga y sudorosa lombriz de coches llenos de sombrillas, bronceadores, toallas de vivos colores, cubos y palas creadoras de castillos chapuceros e infantiles.

Oliver suspiró, previendo una larga espera al volante. Peinó con la mano su pelo denso y moreno, mientras arrugaba levemente su nariz de corte romano y sus ojos azul cobalto escrutaban el paisaje de la derecha: la ría de San Martín de la Arena —o de Requejada, como era conocida por los lugareños— se extendía y crecía hasta el mar viajando en suaves meandros, y pudo contemplarla nítidamente desde la carretera, surcando y construyendo estuarios allá abajo, tras un suave precipicio. Decidió investigar, para amenizar la espera y sin mucha confianza, entre los botones de la radio del coche que le habían dado en la compañía de alquiler, un Fiat 500L negro que le había parecido absolutamente femenino. Como surgiendo de la nada, sin presentación aparente del interlocutor, comenzaron unos acordes, suaves, de guitarra española y piano, seguidos de una voz firme, melódica y masculina, que inundaron el vehículo.

Reconoció la triste melodía al instante; *Let Her Go* («Dejarla marchar»), de Passenger, que sonaba en inglés. La canción evocaba, de forma suave, el aprecio de los hombres por todo aquello que ya no se tiene.

Oliver no necesitaba ninguna canción para recordar a Anna, ni a su larga melena pelirroja, lisa como la línea del horizonte de un desierto, porque la llevaba siempre consigo, como parte de su anatomía, como una herida invisible y tatuada en su torso, que no terminaba nunca de cerrar, aunque los rasgos de su rostro empezasen ya a desvanecerse, de forma inevitable. Pero la música lo transportó a aquellos últimos días. Un tiempo ya lejano, hueco, guardado entre paréntesis.

—Ven. ¿Estás bien?

—Sí, claro que estoy bien. Menuda pregunta. La cuestión es si tú estás bien —le había replicado Oliver, con ternura disimulada.

—Tenemos que hablar. —Ella lo miraba desde la sabiduría del que cree que ya no tiene nada que perder—. Quiero que salgas, que conozcas gente, que conozcas a alguien. No me importará si es una semana o una hora después de... no me importará; ¿entiendes?

—No digas tonterías; si tú no estuvieses, desde luego que no iba a salir con una chica, sino con veinte a la semana —le había replicado él—. Además, todo va a ir bien, y punto. O eso, o me voy de fiesta, tu verás —le había dicho, terminando la frase con un guiño.

Ella había contestado con una sonrisa, pero sus ojos ya habían empezado a vaciarse en el abismo.

—Oliver, tú y yo sabemos... —Ella suspiraba, casi en un resoplido, cansada, mirándolo directamente a los ojos—. Oliver —había repetido—, la felicidad completa, la real, es la compartida.

—No me hagas esto.

—¿Que no te...? —Pero él ya la había interrumpido.

—No te despidas.

STOP. Un oportuno «stop» con formales letras blancas, enmarcado en un octógono rojo en el margen derecho del asfalto, aunque circulaba tan despacio que la señal casi parecía una broma del camino. Oliver regresó del pasado y de los pasillos enrevesados de su mente, reclamado por la carretera, por el paisaje, y por el incesante bip bip de su teléfono móvil.

—¿Diga? ¿Sí? ¿Oiga? —respondió, frunciendo el ceño y estrechando más la mirada, como si así mejorase la cobertura.

—¿Oliver Gordon? —preguntó una voz masculina, que parecía lejana, y que de fondo se acompañaba por lo que parecía una orquesta de martillos, taladros y algo similar a una cuchilla radial a toda potencia.

—Yo soy; ¿quién es?

—Soy Rafael Bernárdez, el socio de Antonio, de la empresa constructora... ¿recuerda? Hablamos hace unas semanas por teléfono.

—Ah, sí, claro. Por supuesto que me acuerdo, es usted el jefe de obra, ¿verdad? ¿Qué tal va todo? —preguntó Oliver.

Se hizo un breve silencio al otro lado de la línea.

—Bien... —Nuevo silencio— ... estoy en su casa trabajando ahora, precisamente, con todo el equipo de albañiles y el carpintero. Tengo que comentar algo importante con usted... urgente. ¿Puede hablar ahora?

—Estoy conduciendo, pero sí, estoy en una caravana; puedo hablar.

Se escuchó un carraspeo al otro lado de la línea, como si el interlocutor buscara las palabras.

—Eeeeh... ¿volverá pronto de Inglaterra, a todo esto?

Oliver empezó a impacientarse, aunque sonrió y contestó:

—Depende de lo que entienda por pronto. Aterricé a primera hora de la mañana en Bilbao y ahora estoy a unos quince minutos de Suances. Así que podemos decir que sí, que vuelvo pronto si me deja avanzar esta caravana de veraneantes. ¿Se puede saber qué es lo que pasa? ¿Algún problema con las reformas de la casa?

—Qué alivio que ya esté aquí; no lo esperaba hasta dentro de una o dos semanas.

—Ya. Al grano, por favor, Rafael, ¿qué es lo que pasa?

—Pasa que hemos encontrado algo entre los tabiques del sótano... donde dijo usted que abriésemos espacio para la zona infantil, ya sabe, la zona de juegos.

Oliver resopló y enarcó las cejas, mientras disminuía la marcha del vehículo a primera para acompasar su velocidad a los pasos de la caravana, que se deslizaba ya como un caracol.

—Vale; y de qué se trata, ¿de una roca no taladrable, de cañerías oxidadas, de un cuarto oscuro secreto...? ¿Qué

es tan importante? —Y tan misterioso, pensó, mientras esperaba, escéptico y con una sonrisa cansada, una respuesta absurda del jefe de obra, al tiempo que la radio seguía sonando. La música, tranquila y nostálgica, contrastaba con el cariz progresivamente suspicaz de aquella conversación.

—Pues veré, estas cosas hay que tratarlas con cuidado, porque nos pueden parar las obras, y claro, ahora usted decide si avisa a las autoridades o qué hay que hacer. Vamos, digo yo.

Oliver empezaba a enfadarse.

—Pero ¿se puede saber qué demonios habéis encontrado emparedado en el sótano? Si son ánforas romanas, nos las quedamos —replicó, burlón—, ¿o está por ahí dormitando un primo de Drácula? —preguntó, irónico, enarcando las cejas.

—No. —El jefe de obra pareció hacer caso omiso al sarcasmo de Oliver. Nuevo silencio al otro lado de la línea, sólo reventado por el repiqueteo incesante de un martillo—. Es... el cadáver de un bebé, señor Gordon. El jodido cadáver de un bebé —repitió, exhalando aire, como liberando una información que le pesase de forma física.

Y, justo en aquel instante, el locutor de la radio interrumpió la canción y pasó a comentar los últimos éxitos de las listas musicales. Pero Oliver, tras colgar al jefe de obra dándole instrucción de que lo esperase, sin más, ya no escuchaba nada: un silencio poderoso y sordo lo arrastró, como un sonámbulo, a conducir de forma automática, escuchando el latido seco de su corazón, hasta que por fin, tras quince minutos de agonía al volante, llegó a la casa y, sobre cogido y guiado por Rafael, visitó el último reposo de aquella criatura, siendo consciente por primera vez de que, al bajar a su sótano, entraba en una tumba.

De vez en cuando vale la pena salirse del camino, sumergirse en un bosque. Encontrarás cosas que nunca habías visto.

ALEXANDER GRAHAM BELL (1847-1922)

El sargento Riveiro aparcó el coche patrulla de la Guardia Civil, camuflado de turismo corriente y sin logotipos de la Benemérita, a la entrada de la casa, en cuyo muro exterior de piedra pudo observar un cartel diminuto, que la bautizaba como Villa Marina.

Era curioso que, precisamente allí, hubiese aparecido un cadáver: una casa ante la cual, de forma necesaria e inevitable, pasaban diariamente decenas de personas, para ir al Faro de Suances o a la playa de los Locos, entre otros destinos de aquel brazo de tierra, estrecho, que se adentraba en el mar, y en el que la mansión se situaba justo a su entrada, sobre la curva final de la playa de la Concha.

Él mismo había pasado con su mujer y sus dos hijos pequeños delante de aquella casa multitud de veces, pensando que estaba abandonada, posiblemente con sus dueños fallecidos, y fuera de las posibilidades económicas de la mayoría de los mortales. Ahora, por fin, parecía que el caserón sí pertenecía a alguien: a una persona que, paradójicamente, pretendiendo inyectarle vida a la mansión, reconstruyéndola y reformándola, se había tropezado con un muerto.

El sargento trabajaba en la Sección de Investigación de la Unidad Orgánica de la Policía Judicial (UOPJ) de la Guardia Civil, en la Comandancia de Cantabria, en Santander, de modo que, habiéndose encontrado un cadáver, la teniente Redondo, jefa de su sección, había decidido

enviarlo a él, no sólo por su amplia experiencia en homicidios, sino porque unos años atrás había trabajado en el cuartel de Suances, y conocía bien la zona.

Riveiro bajó su metro ochenta de estatura del vehículo y observó detenidamente a Oliver mientras éste paseaba, nervioso y aparentemente ajeno a su llegada, de un lado a otro de una parte del jardín de aquella impresionante casa rodeada de hortensias, higueras, arbustos de mirto y árboles tropicales.

Se dirigió al cabo Antonio Maza, destinado en el cuartel de Suances, quien, junto con un guardia, había sido el primero en personarse en el lugar. Lo sorprendió, ensimismado, admirando el ambiente de la playa de la Concha de Suances, que, exuberante, mostraba coloreadas sombrillas, a pesar de ser un día entre semana. El cabo, de complexión delgada, con ojos de niño que escondían a un treintañero, pelirrojo y risueño, parecía perseguir con la vista el vaivén de algún biquini femenino en concreto.

—Maza, despierta, hombre.

—Perdone, mi sargento, estaba viendo la playa: qué bien viven algunos. Mire, fíjese, la casa tiene incluso acceso directo al arenal —dijo, señalando un sendero en pendiente descendente, simulado entre maleza, arbustos y árboles, que debían llevar años sin cuidado alguno. Riveiro siguió con la mirada hacia donde señalaba Maza y comprobó que, apenas visible, una puerta negra de hierro, estrecha, daba fin al sendero, que terminaba donde lo hacía aquella selva artificial descuidada, para dar paso a la arena fina y tostada de la playa de la Concha.

Según descendía aquel camino, dentro de la propiedad y a la derecha, había una gran cabaña, con una arquitectura confusa, a camino entre un refugio canadiense y una casona montañesa cántabra, entremezclando piedra y maderos de gran tamaño en su apariencia exterior. Al sargento le pareció una edificación extraña, como anacrónica y fuera de lugar, quizá construida en otro tiempo distinto al de la mansión donde habían encontrado el cadáver. Ob-

servó unos segundos la impresionante vivienda principal: se situaba en lo alto del terreno, y disponía de amplios ventanales, cuyos contornos se dejaban maquillar por pintura marrón mate, en contraste con el resto de los muros exteriores, de blanco níveo, de forma que todo el conjunto navegaba entre los estilos colonial, afrancesado e indiano, y aparentaba por lo menos medio siglo de antigüedad.

Las vistas hacia la playa de la Concha, la desembocadura de la ría e incluso hacia la rocosa e inhóspita Isla de los Conejos eran espectaculares.

—Maza, cuéntame lo que tenemos —solicitó Riveiro, aproximándose al cabo.

—Lo que le dije por radio, mi sargento. El cadáver de lo que parece un bebé, envuelto en sábanas amarillas y viejas como las de una momia. Eso debe de tener más años que Matusalén.

—Ya —asintió Riveiro con un gesto de cabeza—, habrás hecho que no toquen nada y limitado la zona, entiendo —inquirió a Maza, mirándolo a los ojos.

—Por supuesto. Al mismo tiempo que informaba a la Comandancia de Santander, ya solicité que nos mandasen a los del SECRIM.

—¿El servicio de criminalística ya está en camino? Estupendo, bien hecho. ¿Y el juez y la forense?

—Avisados y a punto de llegar. Lo he verificado —contestó Maza, simulando una suave sonrisa en conclusión a su eficiencia.

—Joder, Maza, hoy te vamos a dar la medalla al mérito. ¿Quién está dentro... Martín? —preguntó, refiriéndose al guardia que, igual que el cabo, era conocido del sargento y estaba destinado en el cuartel de Suances.

—Sí, está controlando a los obreros, charlando con ellos, que son los que encontraron el cuerpo.

—¿Qué hacían? Reformar el caserón, supongo —se contestó a sí mismo Riveiro, señalando con la mirada varios andamios, una hormigonera y materiales de construcción que se apoyaban en una de las paredes de la casa.

—Sí, llevaban ya dos meses con las obras. El dueño es ese de ahí, el que no para de moverse —contestó Maza, indicando con un gesto de su mano a Oliver, que, como si los hubiese escuchado, volvió la mirada hacia ellos.

—¿Lo has interrogado ya? —preguntó el sargento, al tiempo que comenzaba a caminar hacia la casa.

—No, sólo los datos básicos; esperaba por usted, Riveiro.

—De acuerdo. Iré primero a ver el cadáver, y dile a este que vengo ahora a hacerle unas preguntas. Y... Maza, ¿quieres hacer el favor de tutearme? Debe de hacer ya ocho años que nos conocemos.

—Sí, mi sargento. A partir de ahora lo tutearé.

Riveiro sonrió.

—Anda, ve.

El cabo Maza, contestando sólo con un asentimiento de cabeza, se dirigió hacia Oliver, mientras Riveiro accedía a la casa principal. Dentro lo recibió Martín, que custodiaba el lugar de los hechos para preservar la escena del crimen, si es que había habido alguno.

Por lo que pudo ver de la casa, Riveiro se sintió decepcionado: esperaba un interior fantasmagórico, lleno de muebles antiguos cubiertos de telas amarillentas, pero en su lugar se topó con un gran despliegue de material de albañilería, espacios blancos y diáfanos, y mucha luz.

Martín indicó a Riveiro la entrada al sótano, y bajó con él a grandes zancadas. Allí, entre material de carpintería, cemento fresco y un sinfín de tuberías, el guardia le mostró los tabiques que aquella mañana los obreros habían procedido a tirar, apuntalando en otras zonas para, aparentemente, lograr un espacio más diáfano. Entre los tabiques ahora demolidos había aparecido aquel ser, amortajado sin grandes reverencias.

La sensación que tuvo Riveiro allí abajo era como la de invadir un espacio íntimo, ancestral, privado. El aire era denso, lleno de partículas de polvo, visibles a la menor claridad. Algo que se intuía como similar a una calavera,

desteñida de marfil y coloreada de marrón poco intenso, les miraba desde su envoltorio mortuorio, a través de cuencas huérfanas de ojos.

—Mire, sargento, no son más que huesos —dijo Martín, señalando el espacio visible que permitía la mortaja, amarillenta y carcomida.

—Eso parece. No habréis tocado nada, espero —preguntó al guardia, sin mirarlo más que de reojo, absorto en el pequeño paquete descolorido que conformaba aquella criatura, que ahora reposaba sobre un gran madero, apoyado en el tabique que le había hecho de tumba.

—Por supuesto que no, Riveiro.

—Bien. Aquí va a hacer falta el antropólogo forense, porque el forense poco va a poder hacer.

—Ya.

—Y el biólogo forense.

—¿Para el ADN? —preguntó Martín, sorprendido—. Pero mi sargento, si esto que tenemos aquí a lo mejor es de la guerra civil. A saber.

Riveiro miró al guardia, a su impresionante metro noventa de estatura, a su barba y perilla, negras como el plomo, y suspiró.

—Quién sabe, Martín, quién sabe. Además, el cuerpo puede parecer humano, pero es posible que no lo sea.

—¿Un animal? Mi sargento —contestó el guardia, revisando visualmente, de nuevo, el cadáver—, a mí este cráneo me parece humano. A ver qué dice el médico.

—A ver qué dice, sí —asintió Riveiro—, voy fuera a hablar con el dueño de la casa. ¿Lo conoces o te suena de por aquí, del pueblo?

—No, creo que viene de fuera. Menudo figurín. Ropa de marca, guaperillas, con el corte de pelo ese, que parece un modelo italiano. ¿Le ha visto el coche?

—¿Cuál?, ¿el Fiat negro que hay aparcado fuera?

—Sí, ese mismo. Con ese coche y esa planta, marica seguro.

—Martín, contrólate. Esa envidia. A ver si va a resul-

tar que te gusta —le replicó Riveiro sonriendo. Ni siquiera le dio turno a réplica, se volvió y subió a la planta baja, seguido por el guardia, para ir a hablar con Oliver.

Cuando salió al exterior, a pesar del calor intenso, sintió el alivio fresco del que sale de un panteón fúnebre después de tener que asistir a un obligado funeral. Se sorprendió al percatarse de la existencia de una pista de tenis, agrietada y con decenas de ramilletes de hierba emergentes en sus fisuras, a la izquierda de la casa, en un margen de terreno ligeramente más elevado. La propiedad, en definitiva, había aprovechado los desniveles de terreno hacia la playa, haciendo bancales de tierra: en el superior, la pista de tenis, en el siguiente, la casa. Más abajo, una piscina con forma de riñón, bordeada por el sendero que, semiculto por un bosque de maleza, bajaba hasta la cabaña y terminaba besando la arena.

Oliver lo esperaba, de pie, al lado del hueco de la piscina, huérfana de agua, de cloro y de cualquier tipo de limpieza, según se deducía del verdín y de la maleza que surgía, incluso, de su fondo seco y desnudo. El sargento lo observó con descaro mientras se aproximaba: un tipo atractivo, de porte atlético suave, sin alardes musculosos ni estéticos; de esos que, inexplicablemente, parecen tener buena planta sin esfuerzo alguno, enfundándose despreocupadamente unos vaqueros y una camiseta para quedar tan elegantes como un Richard Gere uniformado en *Oficial* y *Caballero*. El sargento Riveiro, a pesar de su envidiable estado físico, había traspasado de largo el umbral de los cuarenta, y no pudo evitar sentir cierta nostalgia de la vitalidad y buena apariencia que daba la juventud.

—Buenas tardes, soy el sargento Jacobo Riveiro, de la Sección de Investigación de la UOPJ de la Guardia Civil —se presentó a Oliver, estrechándole la mano.

—Yo soy Oliver Gordon, el dueño de la casa.

—¿Es usted inglés? —le preguntó, en clara alusión a su apellido.

—Sí, pero también español. Tengo doble nacionali-

dad. Mi padre es inglés y mi madre española —respondió de carrerilla, como si fuese una explicación que estuviese acostumbrado a ofrecer.

—Vaya —asintió Riveiro, al tiempo que sacaba una libreta de notas de su chaqueta—, ¿y vive aquí normalmente o en otro sitio? Me refiero a un sitio tipo Inglaterra.

Oliver sonrió, afable, clavando su mirada azul en el sargento.

—He pasado muchos veranos aquí, algunos en esta casa —contestó, señalando con un gesto de cabeza la vivienda—, aunque he nacido y he vivido normalmente en Londres. También en Escocia. Ahora pensaba establecerme aquí.

—Pues no tiene usted acento, parece español. Nativo, quiero decir.

Oliver asintió, complacido.

—Sí, mi madre me hablaba en castellano siempre, desde pequeño. Y estudié filología hispánica en la University College de Londres.

—Ah —acertó a decir Riveiro, admirado por el perfecto cambio de entonación y acento cuando Oliver pronunció las palabras en inglés. Le sorprendió el aplomo del joven al hablar, su forma directa de mirarlo a los ojos. Le pareció un hombre agradable.

—De acuerdo, veamos... parece que sus albañiles encontraron ahí abajo un cuerpo, cuyo origen y causas de fallecimiento, como supondrá, tendremos que investigar. ¿Desde cuándo le pertenece esta casa? A usted o a su familia, quiero decir —aclaró, viendo que Oliver no tendría, probablemente, más de treinta y cinco años.

—Si le digo la verdad, no lo sé. La heredó mi madre y, tras su muerte, la he heredado yo. Por eso me disponía a arreglarla, como vivienda y para hacer un pequeño hotel, aquí, a pie de playa.

—Ya..., entonces, ¿piensa establecerse en Suances? Quiero decir..., ¿va a trabajar aquí y dejar definitivamente Inglaterra? —indagó, suspicaz.

Oliver suspiró.

—Decidí aprovechar la casa que me había dejado mi madre, venirme a España y empezar una nueva etapa.

El sargento intuyó antiguas turbulencias. No había que ser ningún lince: ¿una nueva etapa? Tan lejos de casa, si el chico estaba solo, suponía una medida radical. Cada uno tiene sus propios diablos, pensó.

—Ya. ¿Y está casado? ¿Tiene familia aquí?

—No. No estoy casado. Creo que tengo algún primo segundo por Suances, pero no tengo contacto.

—Ajá... entonces, su familia está en Inglaterra, entiendo.

—Sí, mi padre, mis tíos y mi hermano. Bueno, él no sé dónde está ahora mismo.

—¿Él?, ¿quién?, ¿su hermano?

—Sí, Guillermo.

—¿Está desaparecido? —preguntó Riveiro, sorprendido. A lo mejor aquello se ponía más interesante.

—No exactamente. Desaparece por temporadas. Algunas, muy largas. Desde que estuvo en la Operación Telic quedó un poco... trastornado —aclaró bajando la cabeza, como si no lograra encontrar las palabras adecuadas.

—¿Operación Telic? —preguntó el sargento, asombrado y levantando la vista, al tiempo que tomaba notas.

Oliver levantó a su vez la mirada, que devolvió su asombro durante dos segundos, hasta que comprendió, con una sonrisa.

—Claro, perdone. Aquí le llaman de otra forma. Me refería a la guerra de Irak. Ya sabe.

—Claro —contestó Riveiro, prometiéndose a sí mismo revisar el tema por la noche en internet—. ¿Y cuánto hace que no sabe de su paradero? —preguntó, con sincera curiosidad, aun a pesar de que el tema poco o nada tenía que ver con la nueva investigación.

—Un año y medio —contestó Oliver, sin dilación y sin levantar la vista, completamente serio.

—Vaya, lo siento. ¿Y no tienen idea de su posible residencia actual?

Oliver mostró una sonrisa cansada:

—Con mi hermano nunca se sabe: Ibiza, Australia, Sudamérica... según la ONG a la que se aliste. O la comuna espiritual. Ya hemos hecho muchas gestiones, muchísimas, para localizarle. Pero la última vez se fue nueve meses y reapareció como si tal cosa en la casa de mi abuela, en Stirling, para Nochebuena.

—Sus padres tienen que estar desesperados, imagino.

—Mi madre falleció hace un año.

Riveiro se habría dado de bofetadas. El chico ya le había dicho que había heredado la casa de su madre.

—Es cierto, me lo dijo antes, lo siento. —El sargento dudó unos segundos—. Entonces... ¿su hermano no sabe que su madre ha fallecido?

—Supongo que no. Desde luego nosotros no lo hemos localizado y él no nos ha llamado ni a mi padre ni a mí. Pero entiendo que esto no tiene nada que ver con lo que ha aparecido en el sótano de la casa —replicó Oliver, cansado.

—Nunca se sabe, muchacho —contestó Riveiro, paternalista. Pero el chico tenía razón; debía centrarse en lo que acababa de ver en aquella casa—. En todo caso, dígame, ¿cómo es que se decidió a tirar esos tabiques del sótano?

—Pensaba hacer ahí una zona de juegos, infantil, para los huéspedes. Cuando la gente viaja con niños hay que entretenerlos en alguna parte, ya sabe. Al menos cuando llueve —contestó Oliver, amable.

—Sí, no parece mala idea —reflexionó Riveiro al tiempo que jugueteaba, pensativo, con su libreta—, no quiero adelantar acontecimientos, pero según los informes que nos facilite el antropólogo forense, necesitaré los datos de que disponga de la vivienda, para determinar quiénes eran sus propietarios en la fecha aproximada de la ocultación del cuerpo —concluyó, señalando hacia el sótano. Acto seguido, decidió hacer una aclaración—. Por supuesto, haremos nuestras propias comprobaciones, pero sería de gran utilidad que nos facilitase la documentación de que disponga.

—Claro, pero tendrá que esperar unos días, porque todo lo tiene mi abogado y ahora, según creo, está fuera de la ciudad. Hoy mismo lo llamo; se lo entregaré tan pronto me facilite las copias.

—De acuerdo. Debe saber que también es muy posible que en el día de hoy, y quizá en los siguientes, paralicemos las obras de la vivienda, para registrarla y verificar que no hay nada más oculto entre sus paredes o en las placas. Entretanto, ¿dónde lo podemos localizar? Se hospeda por aquí, supongo.

—Aquí mismo.

—¿Aquí? —preguntó Riveiro, sorprendido, sabiendo que la mansión era territorio de albañiles, carpinteros, fontaneros y electricistas. Oliver sonrió, casi divertido.

—Más bien ahí —dijo, señalando la cabaña.

—Pero ¿eso está habitable?

—Y tanto. No se deje engañar por la jardinería selvática que ve por aquí. Pensaba dejar los arreglos florales para el final.

—Ya veo. Pues tiene trabajo por delante.

—Sí, eso creo. —Oliver sonrió de nuevo, paseando su mirada por toda la propiedad—. Por no hablar de la piscina, el garaje y el refuerzo de los muros... por eso hice arreglar primero esa casa —dijo, señalando la cabaña—, porque es donde viviré yo todo el año. La vivienda principal será sólo un hotel playero más; aunque con encanto, espero. Quizá también lugar de reunión para estudiantes de español, o de inglés. Iré viendo cómo funciona el negocio. He hecho estudios de mercado para esta zona y he obtenido buenos resultados. Estoy ya preparando las campañas de publicidad, la página web y gestionando futuros intercambios universitarios. Activaré el proceso lo antes posible.

Riveiro estaba sinceramente sorprendido. El joven tenía todo perfectamente calculado, al milímetro. Salvo el detalle del cadáver, al parecer.

—Entonces, ¿vive en esa cabaña? —preguntó, como para confirmar una información que ya le había sido dada,

pero que no terminaba de asimilar. Oliver sonrió una vez más. Una de esas sonrisas cansadas.

—¿Cabaña? Si quiere llamarla así... es bastante grande, tiene dos plantas. No lo aparenta por el desnivel del terreno, pero las tiene. Y por dentro parece un enorme apartamento de Ikea, se lo aseguro. ¿Quiere verla?

Riveiro iba a contestar de forma afirmativa, pero en aquel momento llegaron varias personas en tres vehículos. Los reconoció al instante: en un coche, el corpulento, amigable y cincuentón juez Jorge Talavera, acompañado de la forense, Clara Múgica, rubia trigueña, tan chiquitina y delgada que siempre parecía que se la iba a llevar el viento. En el segundo, el secretario judicial, que acostumbraba a ir por libre, siempre haciendo diligencias fuera del juzgado, y que completaba la comisión judicial para el acto del levantamiento del cadáver. En el tercer vehículo, los agentes del laboratorio de criminalística, el SECRIM, que mandaban desde Santander. Al sargento no le quedó más remedio que recibirlos, mientras ordenaba a Maza que terminase de recoger los datos a Oliver.

Comenzó el delicado y minucioso teatro de toma de fotografías, grabación de vídeo, rescate de huellas dactilares, toma de muestras, estudio y primeras impresiones sobre aquel cuerpo diminuto y frío. Riveiro no se despegó de la forense: quería saber, al menos y a primera vista, la antigüedad que ella creía que tendría el cadáver. El sargento tenía la extraña e inquietante sensación de que aquel resto humano tenía oculta una gran historia, envuelta dentro de aquellas sábanas acartonadas y raídas por el tiempo que sólo destilaban soledad.

Diario (I)

Por si el tiempo termina por borrar los ecos del pasado, de su energía y de su luz, difuminando los rostros que fueron nuestra propia génesis, debo dejar constancia escrita de todo lo que ocurrió. De lo que todavía está sucediendo: sé que han encontrado ese minúsculo despojo en Villa Marina. Casi había olvidado que estaba allí, reposando su conciencia. Pero todas las historias tienen un principio, y éste nos obligará a navegar por el tiempo, buscando visualizar el origen de la Bestia.

Para comprender su esencia, deberás regresar, de mi mano, al pasado.

¿No lo notas? Este olor a salitre, esa alegría despreocupada de los humanos. Es verano y es, y estás, en el año 1936.

Una playa del norte de España, en la que por entonces se llamaba provincia de Santander, se deja bañar por las olas, que la peinan sin descanso. El sol quema la arena, con la que juegan, felices, un par de docenas de niños.

La playa de la Concha, del pueblo marinero de Suanes, acoge, maternal, familias enteras. Las abraza al abrigo de las olas cantábricas, poderosas y titánicas, amparándose en un enorme brazo de tierra y roca que la separa del mar abierto, que barre otra playa mucho más brava y furiosa, y a la que llaman de los Locos. El vértice de esta península estrecha y alargada que invade el mar se cierra en la punta del Torco, donde un antiguo faro, a intervalos, da besos de luz a la costa cada noche.

Suances se dibuja en el paisaje como dos pueblos en uno: en la loma de la meseta que desciende hacia la costa crece el pueblo compacto, su ayuntamiento, su plaza de mercado, su puesto de la Guardia Civil. Sin embargo, allá abajo, bordeando el puerto, al lado de la enorme playa de la Concha, en la desembocadura de la ría y donde hay otras playas menores, crece otra vida, más estival y estacional, que empieza a salpicarse de hoteles nuevos y casonas de verano, cercanas a la lonja, a los barcos pesqueros y a la arena.

Suances... en mi mente, puedo dibujar esta tierra con los ojos cerrados. Al norte, el mar Cantábrico; al sur, Torrelavega; al este, Miengo; y al oeste, Santillana del Mar. Dentro del conjunto marinero acariciado por el agua salada, las aldeas de Hinojedo, Cortiguera, Ongayo, Puente Avíos y Tagle son coloreadas por docenas de leyendas.

Vuelve tu mirada a los niños, a la arena tranquila, a las dunas suaves que salpican de brotes verdes los bordes de la playa.

Sabrás quién es ella por su forma de moverse y de mirar. Tiene casi ocho años: es tan insignificante, tan diminuta, tan delgada. Cabello castaño, ondulado, largo y brillante. Los demás la siguen siempre con la mirada, como si portase algo más que su presencia física por donde pasa. Ni siquiera es arrebatadoramente hermosa, pero su sonrisa y su mirada son hipnóticas, seductoras.

Su nombre es Jana. Sé que no lo olvidarás.

Es una niña humilde, que juega con sus tres hermanos a pelearse con las olas mientras el sol dibuja contornos dorados en su piel. Dispone de una elegancia natural, de esa belleza secreta que los demás admiran en silencio mientras intentan escudriñar su pensamiento tras sus enormes ojos verdes y gatunos.

Es un día excepcional: un regalo de su padre, un día de descanso. Él, su padre, ha remado casi una hora por la ría de San Martín de la Arena, que recoge las aguas de los ríos Saja y Besaya, para llevarlos a la playa de la Concha. En unas horas tendrán que regresar a Hinojedo y retomar el sudor del trabajo y de la rutina campesina y obrera.

Pero ha sucedido algo inesperado. Un revuelo entre las gentes se propaga y lo invade todo. Un soplo de palabras que convertirá la playa en un desierto, lleno de horas muertas que esperarán, pacientes, mejores tiempos.

—¡Niños! ¡Venid! ¡Ahora mismo! —grita, desesperado, un padre.

Es el padre de Jana: alto, delgado, fibroso, de nariz aguileña y ojos marrones, mirada noble. Su nombre es Benigno. Los niños, que juegan y miran al mar, cuya línea de horizonte inmediato sólo es rota por la rocosa y gris Isla de los Conejos, giran sus cabezas, sorprendidos. Demasiado temprano. Esa forma de gritar no es para llamar al almuerzo; cualquier idiota se habría dado cuenta. Se quedan quietos, asustados.

—¡He dicho que vengáis! ¡David, Clara, Antonio... Jana! ¡Salid del agua ahora mismo! —El hombre grita mientras camina hacia la orilla, con el rostro rojo, colorado, desencajado—. Nos vamos para casa, ¡rápido! ¡Ya! ¡Ahora mismo! Venga, ¡a vestirse! —termina por gritar, haciendo un gesto hacia las toallas, donde la madre, Carmen, recoge con prisa sus ropas. Es una mujer de pequeña estatura, de cabello trigueño y mirada desconfiada, de roncillo inquieto, coloreada de azul intenso y claro.

—Papá, ¿qué pasa? ¿Qué hemos hecho? —pregunta David, el mayor, saliendo ya del agua, corriendo hacia su padre, atemorizado.

—Nada. No habéis hecho nada. Para casa, y punto en boca.

—Pero ¡papá! —se atreve a intervenir Jana—, ¡si acabamos de llegar!

—Nos vamos. ¡Andando! —Y el padre termina la conversación cogiendo del brazo, con urgencia, a Antonio y a Jana, y ordenando con una mirada glacial a David y Clara que lo sigan. Los niños, aterrados, observan el éxodo inexplicable y masivo de todas las familias que transitaban la playa: todos se marchan.

—Papá, pero ¿qué...?

—Ha habido un golpe de Estado. Ha caído la República. Estamos en guerra. ¿Entendéis? En guerra. Una puta guerra civil. Me cago en Dios y en toda la Corte Celestial. —Y el hombre terminó la frase absorbiendo un gruñido, lleno de desasosiego.

De aquella mañana del 18 de julio de 1936, Jana no guardaría en la memoria sus juegos con las olas, ni el olor a sal de su espuma suave, amable y fresca, sino el terror y des temple plasmado en el rostro de sus padres, y el viaje veloz de regreso a casa, en aquella barca prestada que nunca volvió a ver.

Aquel día, todo, absolutamente todo, se inundó, de pronto, de silencio contenido, miseria e inquietud.